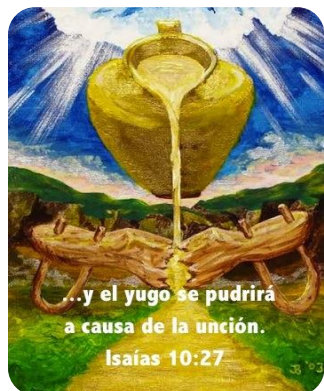


Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langensfeld

Hoja 217 – 17.12.2023

1 Lectura



El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor. Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas. Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar

sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos ante todos los pueblos.

Isaías 61,1-2a.10-11

El Evangelio

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: "¿Tú quién eres?" Él confesó sin reservas: "Yo no soy el Mesías." Le preguntaron: "¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?" El dijo: "No lo soy." "¿Eres tú el Profeta?" Respondió: "No." Y le dijeron: "¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?" Él contestó: "Yo soy al voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías." Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: "Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?" Juan les respondió: "Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia." Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Juan 1,6-8.19-28

Buenas noticias virales



Primero fue la lotería. Luego una conocida marca de embutidos. Algunas campañas publicitarias navideñas basadas en buenos sentimientos han conseguido dar en la tecla de los valores que andamos necesitando. Valores humanos. Amabilidad. Dejarse, por un rato, de odios, tribalismos y ataques, para

reconocer lo que nos une: la amistad, la confianza, el deseo de estar en paz unos con otros, la pertenencia a una comunidad. Es tanta la necesidad que tenemos de esos mensajes, en esta sociedad crispada, que ya casi se esperan con ansia estos mensajes publicitarios prenavideños.

No me sorprende que estos anuncios se hagan virales. Después de todo, estamos en un mundo que funciona así, a base de estallidos de emoción. Y mejor que sea por motivos como estos que esa otra viralidad que nace de la tragedia, el morbo o el odio. Lo que sí me sorprende es ver cómo también muchos creyentes vibramos tanto cuando nos tocan esta tecla. Y ¿por qué digo que me sorprende? ¿Acaso no somos humanos? ¿Acaso no compartimos los mismos anhelos, valores, esperanzas? ¿Tal vez se me cuela un cierto elitismo esnob en el comentario, o una mirada despectiva a las búsquedas tan humanas de sentido y encuentro?

Espero que no sea eso. Lo que quiero decir es que la buena noticia que contienen todos estos anuncios –que lo es– palidece en comparación con la buena noticia que anticipamos en Adviento y que celebraremos en la Navidad. Un Dios que no abandona. Un amor universal, eterno, que a cada uno alza de sus simas. Una fraternidad enraizada en la entraña de la historia. Una esperanza que vencerá a la muerte.

Y, acto seguido, viene una pregunta. ¿Cómo es que no conseguimos expresarnos o comunicar esa buena noticia con tanta intensidad, con tanta claridad, con tanta inmediatez o contundencia?

Tal vez es que se nos ha dormido dentro el evangelio, lo tenemos un poco domesticado, y no termina de desatar los nudos de dentro... Sea lo que sea, cuando me doy cuenta de la necesidad

desesperada de nuestra sociedad por buenas noticias y un mensaje de paz, lo que pienso es que es tiempo de profetas de la esperanza y la concordia, de la justicia y la humanidad. Tiempo de

compartir, como por vez primera, una buena noticia que tanto necesitamos todos. El amor, incondicional. La belleza, posible. El encuentro, real. La justicia, inmortal. Dios, con nosotros.



José María Rodríguez Olaizola, sj

Reflexión al Evangelio

Los grandes movimientos religiosos han nacido casi siempre en el desierto. Son los hombres y las mujeres del silencio y la soledad los que, al ver la luz, pueden convertirse en maestros y guías de la humanidad. En el desierto no es posible lo superfluo. En el silencio solo se escuchan las preguntas esenciales. En la soledad solo sobrevive quien se alimenta de lo interior.

En el cuarto evangelio, el Bautista queda reducido a lo esencial. No es el Mesías, ni Elías vuelto a la vida, ni el Profeta esperado. Es «la voz que grita en el desierto». No tiene poder político, no posee título religioso alguno. No habla desde el templo o la sinagoga. Su voz no nace de la estrategia política ni de los intereses religiosos. Viene de lo que escucha el ser humano cuando ahonda en lo esencial.

El presentimiento del Bautista se puede resumir así: **«Hay algo más grande, más digno y esperanzador que lo que estamos viviendo. Nuestra vida ha de cambiar de raíz»**. No basta frecuentar la sinagoga sábado tras sábado, de nada sirve leer rutinariamente los textos sagrados, es inútil ofrecer regularmente los sacrificios prescritos por la Ley. No da vida cualquier religión. Hay que abrirse al Misterio del Dios vivo.

En la sociedad de la abundancia y del progreso se está haciendo cada vez más difícil escuchar una voz que venga del desierto. Lo que se oye es la publicidad de lo superfluo, la divulgación de lo trivial, la palabrería de políticos prisioneros de su estrategia, y hasta discursos religiosos interesados.

Alguien podría pensar que ya no es posible conocer a testigos que nos hablen desde el silencio y la verdad de Dios. No es así. **En medio del desierto de la vida moderna podemos encontrarnos con personas que irradian sabiduría y dignidad, pues no viven de lo superfluo**. Gente sencilla, entrañablemente humana. No pronuncian muchas palabras. Es su vida la que habla.

Ellos nos invitan, como el Bautista, a dejarnos «bautizar», a sumergirnos en una vida diferente, recibir un nuevo nombre, «renacer» para no sentirnos producto de esta sociedad ni hijos del ambiente, sino hijos e hijas queridos de Dios.

J. A. Pagola

